



LA Semana Comica

DIRECTOR: J FERNANDEZ DE LA REGUERA.

PERIÓDICO LITERARIO,
—
ILUSTRADO.

ADMINISTRACIÓN:
Plaza de la Universidad, 5

NUESTRAS ESCRITORAS, por Ross.



EMILIA PARDO BAZAN



SALSA MAYONESA.

Sería cosa de pegarse un tiro si entre la serie interminable de aprestos, amenazas y preparativos con que las clases desheredadas se aperciben para el Mayo próximo, no descollara de vez en cuando una nota agradable, que hace volver la sonrisa al labio tembloroso de los hombres de bien.

Ya no son los obreros de brazo arremangado y cara fosca los que se reúnen, pidiendo colgar al fabricante de una manivela ó de un volante de máquina de vapor, como los descamisados del siglo pasado colgaban á los nobles de la linterna.

Son las mujeres quienes dejan las «labores propias de su sexo», para reunirse en el Circo Ecuestre, y no á pasar por el aro, como pudiera creerse tomando en cuenta el sitio de la reunión, sino á pedir, como los hombres, menos horas y más cuartos, para que la cosa marche al reló.

—Esto consuela, dirán los burgueses.

Desde que las mujeres se han reunido, el problema social trae mejor cara.

¿Qué gobierno, por duro y por austero que sea, resistirá á la palabra de una mujer que se declara... aunque sea en huelga?

¿Cómo poner ante el sexo bello á la fuerza armada, si cuanto más armada esté, menos ha de resistir á la seducción femenina?

Si la huelga de las mujeres es un hecho, quedará para siempre en la historia, como las Huelgas de Burgos, que también son huelgas femeninas.

La famosa abadesa mitrada del monasterio burgalés, con su báculo, sus ornamentos y su mero y mixto imperio sobre los pueblos del contorno, tiene menos prestigio que la valiente y jacarandosa Joaquina Mata, camisera y presidenta del *meeting* femenino, llevando en vez de báculo, el metro de cinta con que amenaza ahorcar á los burgueses, y en vez de mitra un par de tijeras del obrador, para cortar, no el hilo de algún respunte, sino el hilo de sus días á algún capitalista poco galante.

He aquí como el modernísimo Circo Ecuestre barcelonés va á tener la misma importancia histórica que el legendario monasterio de las afueras de Burgos.

Alguien pensará que un *meeting* presidido por una camisera tiene que ser un *meeting* de algodón con vistas de hilo.

Pero, lejos de eso, ¿qué presidenta mejor para evitar que á los burgueses les llegue la camisa al cuerpo?

Ni ¿quién más á propósito para evitar que en los debates se meta alguna oradora en camisa de once varas?

Como salían los rayos de la mano de Júpiter, así podrían salir de manos de la presidenta fuerzas y más fuerzas contra el burgués.

Que no en balde aquellas manos han fabricado y fabrican puños á todas horas.

Temblad, en fin, ¡oh, capitalistas!

Las mujeres, indignadas contra vosotros, van dirigidas por una camisera.

Es decir, por quien no ha hecho en toda su vida más que cortar cuellos.

✱

El gobierno está decidido á que este año la procesión ande por dentro.

Se desea que los obreros no salgan de las vías legales ni entren en las vías públicas, y á este objeto las manifestaciones tendrán que verificarse en lugar cerrado, y es probable que además se fije la capacidad máxima de estos locales con el objeto de dividir la fuerza y mantener incólume el orden social.

De este modo imitamos á Carranza, es decir, seguimos la conducta de Francia, Bélgica, Italia y otras naciones que prohíben las manifestaciones callejeras con bandera y música.

Probable es, por consiguiente, que antes de 1.º de Mayo se fije en las esquinas de las principales ciudades españolas el siguiente cartel:

«De orden de la autoridad, se prohíbe hacer en este sitio aguas menores y manifestaciones mayores.»

Después de todo, el procedimiento está conforme con el socialismo del Estado y con la tutela paternal que las autoridades «fin de siglo» deben ejercer sobre los obreros.

Sacarles de lugar cerrado... ¡no faltaría más! Eso sería mandar á paseo á las clases desheredadas.

No sabemos si estas se avendrán á ejercer el derecho de reunión como pudieran ejercerlo los cartujos.

Mas para eso están los eclécticos y los hombres de orden, que tratan de armonizar el deseo del Gobierno con las aspiraciones de los huelguistas.

Estos quieren manifestarse al aire libre, aquel manda que lo hagan en lugar cerrado; pues bien: sean las manifestaciones en las plazas de toros, y así Gobierno y huelguistas consiguen lo que desean.

En caso de apuro, medios de represión tiene el Gobierno en la misma plaza, sin echar mano de la benemérita ni de las fuerzas del ejército.

Le basta con tener repletos los toriles.

Y es claro que quien resistiría al tricornio de la Guardia civil, no haría semejante cosa ante el bicornio de un veragüño.

Verdad es que todo tiene sus inconvenientes.

Si los toreros se adhiriesen á la huelga, cae por su base el sistema que he tenido el honor de proponer.

✱

Las tropas de Barcelona han recibido ya el nuevo fusil de repetición.

Con esto y con que los huelguistas reciban á su vez bombas de dinamita, aunque no sean de repetición, vamos á quedar lucidos los neutrales, entre los disparos militares y los estallidos obreros.

Verdad es que los huelguistas quedarían desacreditados si apelaran á tales medios.

Pero no hay que olvidar que tratan de echar abajo el edificio social.

Y con rewolvers y puñales no se echa abajo ningún edificio.

LUIS ROYO VILLANOVA.

UNA COSA ES PREDICAR....

Presentáronme á Miguel;
era un muchacho muy llano,
muy fino, muy campechano...
y simpaticé con él.

Tuvimos conversaciones
á cual más grata y mejor;
siendo yo discutiendo,
también hubo discusiones.

De religión, de moral,
Filosofía y Derecho,
hablábamos sin provecho,
á veces bien y otras mal.

¡No d'go de poesía,
pues cuando de esto charlamos,
tanto nos acaloramos
que ni Dios nos entendía!

Y á fuerza de hab'ar con él,
casi siempre discutiendo,
me fui para mí diciendo:

—¡Es juicioso este Miguel! —
Un día defendí yo

la pena de muerte; al punto
intervino en el asunto
y ¡es claro! la combatí.

Yo decía:—¡De una vez
es fuerza dar la batalla
y acabar con la morralla,
con la escoria, con la hez!...—

Y luego pude escucharle:
—¡Casi me hace Vd. reír!
Si el hombre se ha de morir
al fin ¿para qué matarle?

Y aunque su argumentación
era lógica y sencilla,
como á mí nadie me humilla,
yo no le di la razón.

Otras veces, reposado,
hablaba de otras cuestiones
y daba sus opiniones
como orador consumado.

Y un día, por incidencia,
saltó á la conversación

el tema de relación
del crimen con la demencia.

El buen Miguel me decía:

—La más grave chifladura
es pensar que es la locura
en los crímenes el gufa.

Yo veo de buena fé
que este es un error profundo.
¡Si no hay locos en el mundo!
—¡Porque no hay quien no lo esté!

—¡Bah! Es cosa descabellada
juzgar que hay tantos dementes.
¡Los locos son buenas gentes
que ni hacen daño ni nada!

Así me dijo, y á poco
de nuestro diálogo aquel,
cometió un crimen Miguel...
¡y se hizo pasar por loco!

RICARDO J. CATARINEU.

AQUI FUÈ (1)

Andas buscando asunto,
preocupado,
para el periodiquito
donde plumeas;
pues aprovecha el cuento
que te he contado
del pastor; ¡otras cosas
habrá más feas!

Y ahora que nos hallamos
precisamente
donde mi cuento tuvo
su desarrollo,
beberás las escenas
en buena fuente
y ahorrarás pesadumbres
á tu meollo.

.

Ya lo ves: entre juncos
el arroyuelo...

Tú es forzoso que digas
que se dilata
«como argentina sierpe
que besa el suelo

y al besarle le deja
chispas de plata.»
Ahora el jardín. Si quieres
dile floresta,
«donde no entra el verano
ni su rescoldo,»

y añade que convida
para la siesta
«de la floresta virgen
el verde to'lo.»

Lejos, ya ves.. Describe
la lontananza;
ahí bien puedes, si quieres,
meter colores

y decir que es hermosa
«cual la esperanza
en los dorados sueños
de los amores.»

La casa, aunque la veas
en la llanura,
dí que está «recostada
sobre una loma;»
eso siempre enternece,
y aunque es oscura,

dí que es blanca «lo mismo
que una paloma.»
Esas pajizas flores
de la retama
pueden hacer las veces
de los jazmines,
y procura que salten
de rama en rama
unos cuantos jilgueros
y colorines.

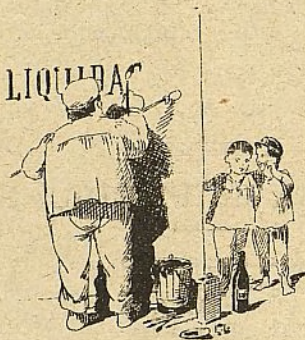
Y... ¡aquí fuè! Mira el banco;
guijarro y yeso,
pero pon en las notas
«de dura piedra»,
á la que están unidos
con fuerte beso
esos cardos... que pueden
pasar por yedra...
Pues bueno, aquí la noche
que te he contado,
estuve yo lo menos
un cuarto de hora,
diciéndole ternezas
entusiasmado

(1) Del libro *Música celestial*, que acaba de publicarse.

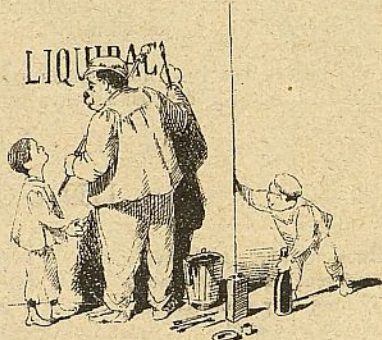
EL CASTIGO EN EL PECADO, POR BLANCH.



Aquel día Blas, el pintor, se sentía muy mal del estómago; por lo cual decidió comprarse un refresco purgante;



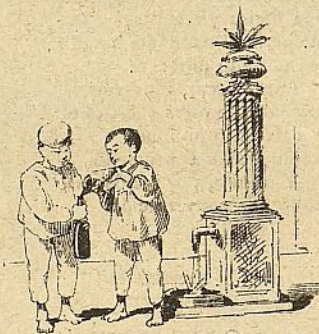
cosa que de fijo ignoraban Luisillo y Periquín, que atisbaban con ansia la botella,



que, robada por uno de ellos, mientras el otro entretenía al pintor,



es consumida por ambos en un periquete, con gran contentamiento de sus estómagos.



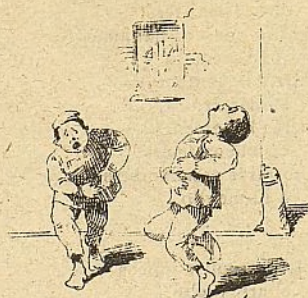
¿Qué hacer para disimular la falta? Llenar la botella de agua, mezclada con negro de humo.



En tanto, á Blas volvía á dolerle horriblemente el estómago.



Y para calmar sus dolores empinaba la botella y...



¡Y no fué uno, sino que fueron tres los que padecieron dolores de estómago!

TOD LO VENCE EL AMOR

6

UNA ESTOCADA AL MARIDO, POR FIGUER.



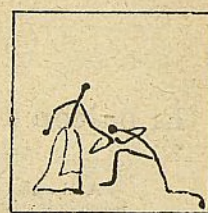
1.



2.



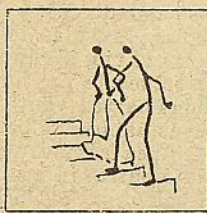
3.



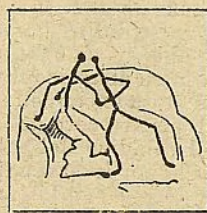
4.



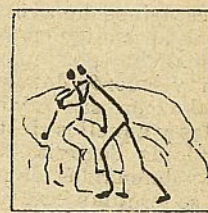
5.



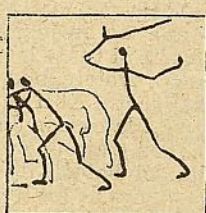
6.



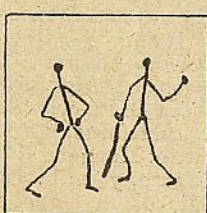
7.



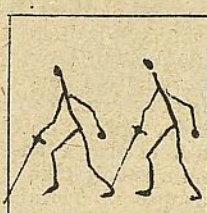
8.



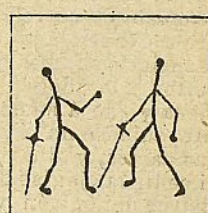
9.



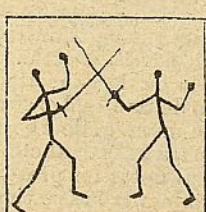
10.



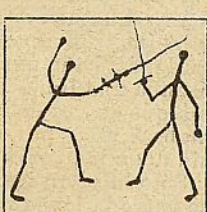
11.



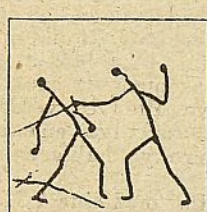
12.



13.



14.



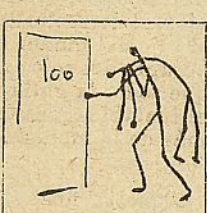
15.



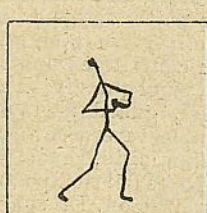
16.



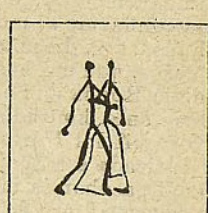
17.



18.



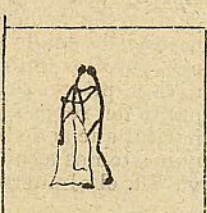
19.



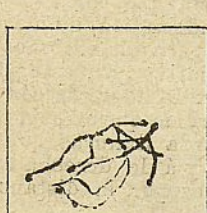
20.



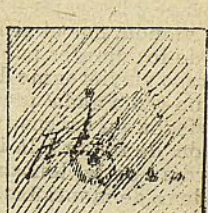
21.



22.



23.



24.

á un pastor, ¡que creía
que era pastora!
Pero haciendo con tino
del Nemoroso

una fresca z-gala
de boca ardiente,
y con *eso* de arriba,
que es tan hermoso,

puedes salir del paso
divinamente.

ANTONIO MONTALBÁN.

El balcón de los pájaros

A mi amigo de toda la vida, modesto pero doctísimo juriconsulto, Pepe Encina y Ortega.

Era mucho balcón aquel; tenía aromas de flores, trinos de aves y oleadas de luz. El sol andaba prendido en amores y perdidito hasta las manchas por semejante nido, y en cuanto el muy señorón del astro salía en el horizonte, besaba con sus rayos más dorados aquellas jaulas y aquellos tiestos del piso tercero de la Ronda de Segovia. Sobre el voladizo del balcón y defendidos de una caída por la barandilla, se erguían una maceta de rosas y dos cajoncillos atestados de pensamientos, los que se pasaban el día cabeceando como si disputasen á *petalazos* el cortejar á sus compañeras, en tanto que éstas, dándolas de tímidas, no dejaban de expeler perfumes que enloquecían á sus diminutos adoradores. Una enredadera muy orgullosa y que á menos tenía el alternar con su gente, subíase no sé por dónde, agarrándose á todas partes, y allá trepaba á la altura hasta casi ceñir las jaulas de alambres colgadas en el marco del balcón y en las que alborotaban en competencia un canario y un mirlo, el Bellini y el Meyerbeer de aquella monada de agujero, trocado por obra y gracia de los dos cantores en un concierto perpétuo. Nada, que el diantre del balcón hubiera parecido la entrada del cielo á haberse asomado de cuando en cuando una cabeza calva. Bien es verdad que si no se asomaba la cabeza calva, en cambio una cabecita rubia... pero ya hablaremos de la rubia cabecita.

Había yo venido á estudiar medicina á Madrid, y mi buena madre, tratando de alojarme del mejor modo y no queriendo en manera alguna confiarme al mediano trato de las casas de huéspedes, dióse tal maña y tan bien hizo las cosas, que me buscó un cuartito en una casa de la Ronda de Segovia, en el que vivían un matrimonio honradísimo; él, guardaferro del ferrocarril del Norte y ella costurera en blanco, dedicada á trabajar á domicilio, razón por la cual pasaban la mayor parte del tiempo ambos esposos fuera de su habitación. El cuarto que ocupaba el matrimonio, y donde yo senté mis reales, era el inmediato al balcón de los tiestos y los pájaros. Al principio, confieso que mi vienda, por el sitio donde radica, no me pasó de los dientes adentro, pero mis aficiones al campo sirviéronme de paliativo, y en este punto no tenía nada que pedir: desde mi balcón se divisaba un extenso panorama que ofrecía por telón de fondo á la izquierda llanuras que se perdían en la lontananza y á la derecha una cadena de montañas, azules por la distancia

las crestas del Guadarrama. Y arrancando de este último término, por un lado muchas frondas, muchas arboledas, muchos montecillos coronados de pinos, muchos tonos verde oscuros, mucha vegetación, la Casa de Campo, en fin, y por la otra banda muchos caminejos, y más cerca las elegantes cresterías góticas de los cementerios, y más cerca, culebreando, las linfas plateadas de Manzanares, y más cerca, junto al río, algunos huertos con los múltiples colorines de las hortalizas, y esparcidos por todas partes ventorrillos y grupos de sucias casas habitadas por jornaleros.

Nunca fui madrugador y tal costumbre me impidió entrar inmediatamente en relaciones con el balcón de los pájaros. Pero una mañana de primavera hube de levantarme temprano, y al pergeñarme para salir á la calle, oí fuera una algarabía de todos los diablos, una explosión de trinos y pitorroteos, una de gorjear que aturdió, ni más ni menos como si todos los pájaros de la tierra anduviesen revoloteando por cerca de los cristales de mi cuarto. Abrí quedo las vidrieras, me asomé y vi... la escena de un idilio: Margarita, vestida con traje de percal de luto, y en la barandilla del balcón de los pájaros un tropel de ellos, pero de los libres, de los sueltos, de los que vuelan á su antojo por esos campos de Dios, y comen donde pueden y duermen donde quieren; de arriscantes y ladinos gorrones que picaban aquí y allá, engullendo cañamones, que á manos llenas les eehaba una linda jóven, la de la cabecita rubia que en vez de la calva de San Pedro se asomaba á veces por aquella monada de agujero, sin duda la puerta falsa para entrar al cielo.

Sólo la ví un instante; al notar mi presencia se entró la jóven ruborizada, pero tuve tiempo de observar la profusión del rubio espiga de sus cabellos, el dispendio del azul cielo de sus ojos, el derroche del rosa pálido de sus mejillas, el lujo del blanco mate de su rostro, lo exhuberante del rojo encendido de sus labios y más que todo, la gallardía, el donaire, la postura, el inefable encanto de aquella otra monada más de la monada del balcón de los pájaros.

II.

Aquella noche no pude dormir bien; el recuerdo de la preciosa rubia ahuyentó mi sueño. A la mañana siguiente no necesité de despertador, y en cuanto oí la algarabía de los pájaros me asomé al balcón. No faltaba en la barandilla del de mi vecina el tropel de gorrones, pero los animalejos aleteaban, iban y venían y pitorreaban todos á la vez, sin darse punto de reposo y como diciendo: «¡eh, eh! señorita, que se le han pegado á Vd. las sábanas, que estamos aquí, y ya es hora de que nos sirva Vd. el almuerzo». Cierito: los pájaros tenían

razón; eran las nueve de la mañana y aun la hermosa rubia no había abierto los cristales para echar cañamones á las avejillas. Por fin las vidrieras se separaron, y se oyó una voz cascada que decía:

—Pero, niña, ¿en qué piensas? ¿No oyes á tus pájaros?... ¡Chiquititos, chiquititos!...

Y otra voz de un timbre dulcísimo, muy fina, parecida á un gorjeo, que respondía:

—Voy, mamá; no sabía la hora que era.

A poco se asomaron al balcón de los pájaros una señora entrada en años, de simpático aspecto, enlutada también, y la cabecita rubia y el garboso cuerpo de mi joven vecina; la cual arrojó un puñado de cañamones en los huecos del voladizo del balcón que quedaban libres de tientos. Sin importarles un ardite, acaso por la costumbre, la presencia de gente, los gorriones se arrojaron sobre la comida, mientras yo, que me hacía el distraído, volví la cabeza y saludé á las dos mujeres, á cuyo saludo correspondió con amabilidad la señora mayor, madre de la niña de la cabecita rubia. Abrigaba la esperanza de ver el dispendio del azul cielo de los ojos de mi vecina; pero los ojos azul cielo permanecieron bajos, y la tímida amiga de los pájaros se entró muy colorada, atreviéndose apenas á mirarme. Aquel mismo día supe por mi patrona que mis vecinas se mantenían de una exigua renta que les quedaba de su pasada fortuna; que la hija bordaba para las tiendas; que la madre era viuda de un comerciante arruinado, y que, procedentes de Valencia, habían venido á Madrid y á la casa en que yo vivía cuatro años atrás.

Seguí asomándome al balcón todas las mañanas á la hora del almuerzo de los gorriones; luego, con el buen tiempo, salí al balcón también todas las tardes; mi vecinita fué venciendo su timidez; una vez la dirigí la palabra, contestándome la linda rubia balbuceando, y en estas llegamos á ser grandes amigos y concluimos por charlar más y alborotar más que Bellini y Meyerbeer, el canario y el mirlo de aquella monada de balcón, todo por obra y gracia del chiquillo de Venus, que me puso el corazón como una criba en fuerza de flechazos.

Yo no sé si el calor que había ya en la atmósfera ó el fuego que me quemaba el alma me trocaron en madrugador, y á las ocho de la mañana salí al balcón poniéndome á reparar en un libro de medicina: se acercaban los exámenes. Una mañana en que el sol brillaba como nunca y los aromas del campo eran más fuertes y parecía brillar más el río y los pensamientos estaban más inquietos y las rosas despedían más perfumes, en tanto que el canario y el mirlo no cantaban y los gorriones mostrábanse así como desganados, se enredó el diálogo de balcón á balcón con la vecinita, sobre las atrocidades (según ella) de despedazar á los cadáveres en las salas de anatomía, y con este motivo abrí mi libro de medicina y enseñé á la cabecita rubia la estructura del corazón, concluyendo por decirle:

—¿Sabe Vd. para qué sirve principalmente esta viscera?

La niña presintió en su instinto de mujer mis palabras, ruborizóse y no contestó,

—¡Pues se lo voy á decir!—seguí, y luego, sin morderme la lengua, pero algo balbuciente, la ensarté la más explícita declaración de amor que para un caso análogo hubie a querido el mismísimo amante de Isabel de Marsilla. La cabecita rubia entróse sin responder; los gorriones alzaron el vuelo chillando; se me antojó que se reían, y de fijo aquella noche el mocoso de Eros cogió una turca para celebrar su triunfo.

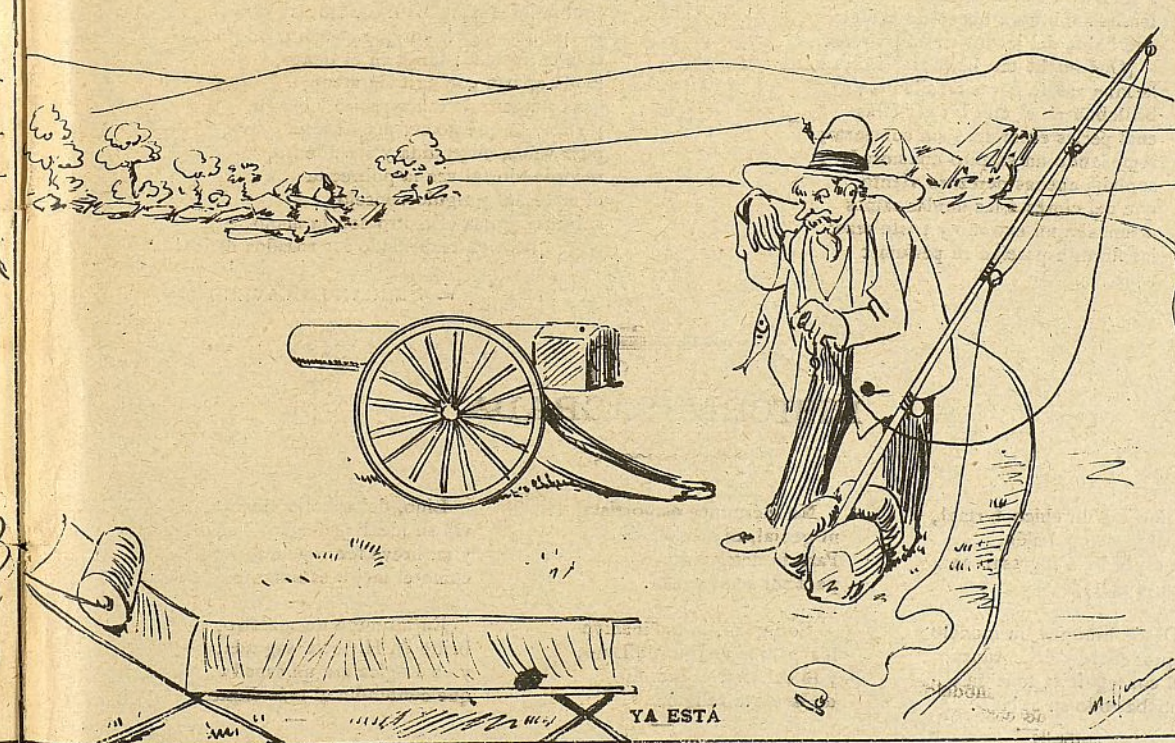
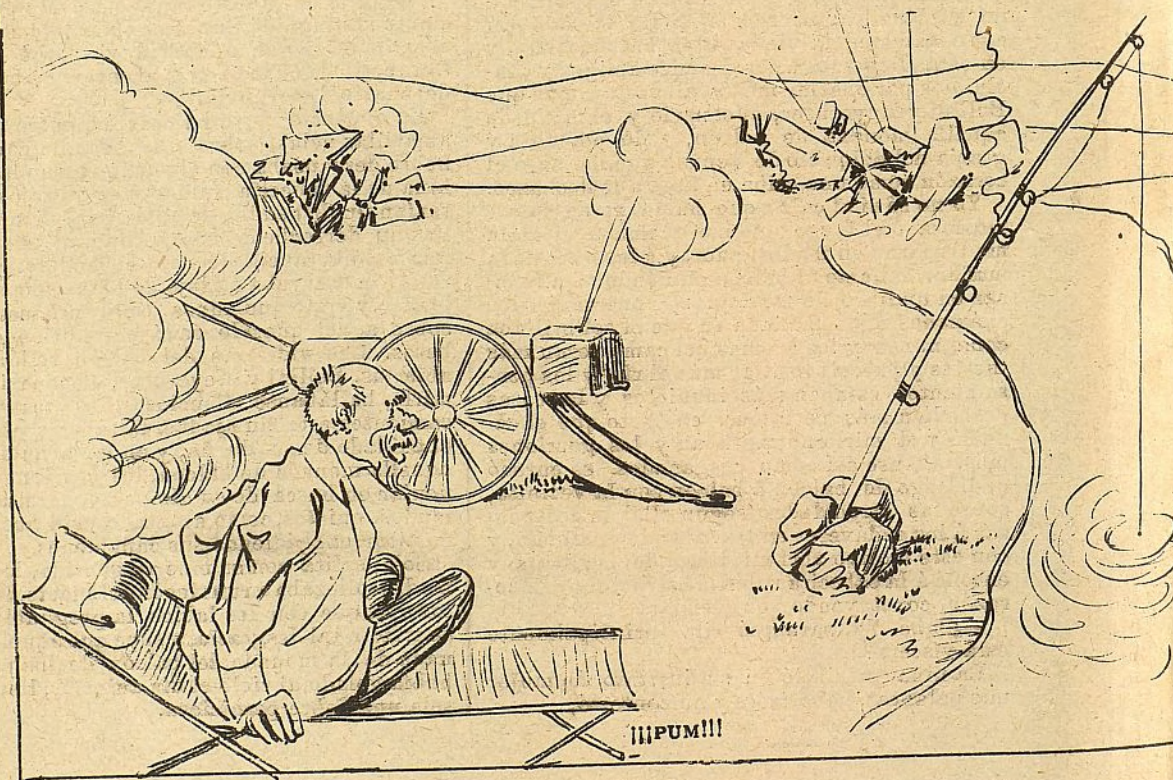
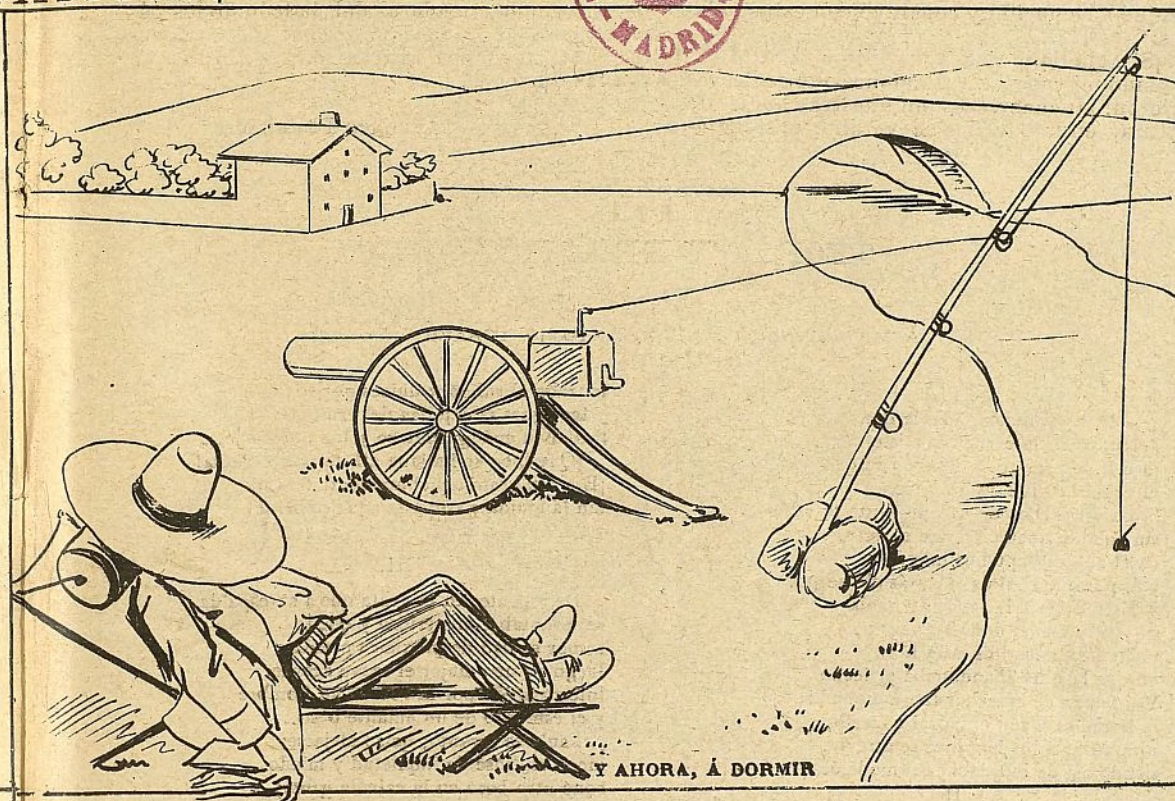
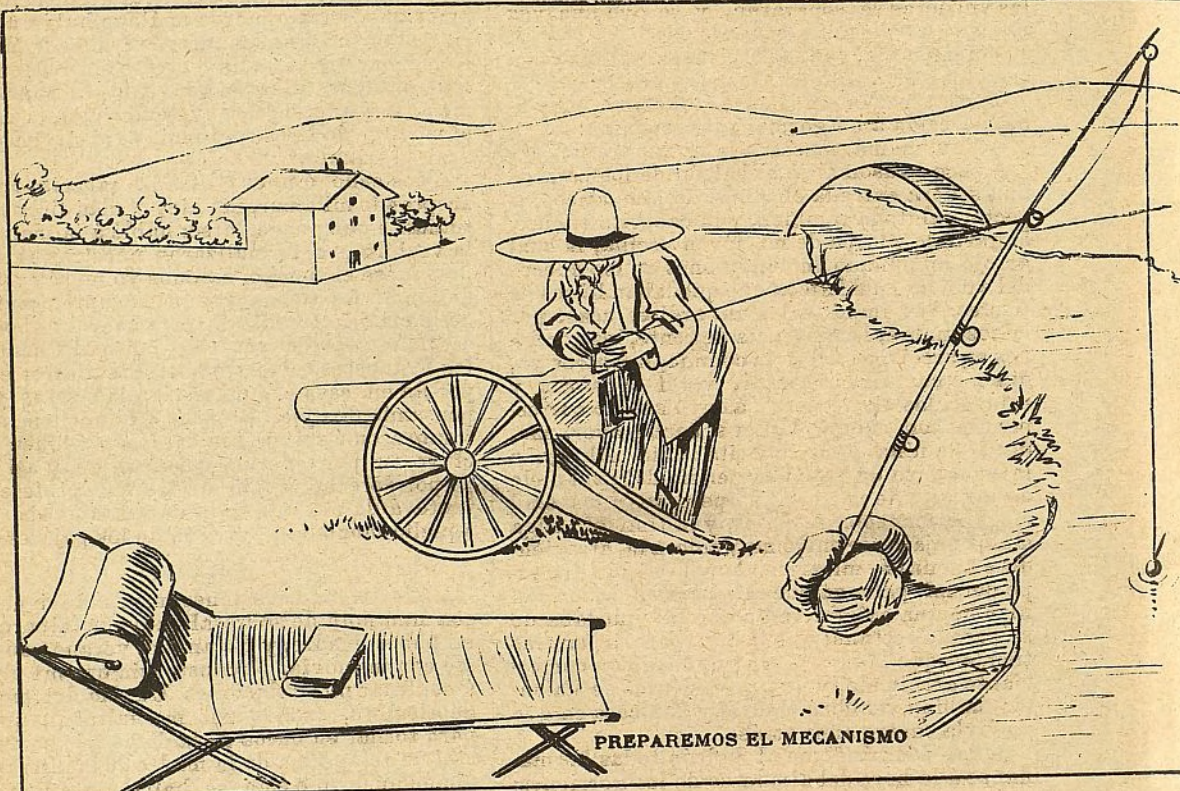
A los ocho ó nueve días la cabecita rubia, aceptando mi amor, me hizo el más dichoso estudiante que puede darse; hablé á la mamá de la vecinita, se formalizaron nuestras relaciones; fué el tiempo, salimos yo no sé cuantos domingos á paseo, al campo, siempre provistos de la clásica tortilla para tomar un bocadito sentados sobre el verde de junto al Puente de los Franceses, nuestro sitio predilecto; entré por fin en casa de mi novia; las rosas y los pensamientos y el canario y el mirlo se acostumbraron á mi presencia; los gorriones concluyeron por tenerme como amigo, y así ocupé por derecho propio un sitio de preferencia junto á la monada de la cabecita rubia y en aquella monada del balcón de los pájaros.

III

Vinieron las vacaciones; me fuí á mi pueblo con una nota de sobresaliente que alborozó á mi pobre madre, y durante el verano me carteeé con mi novia, circunstancia que me obligó á confesar mis relaciones. Un día del mes de Septiembre, cuando sólo me faltaban quince para tornar en busca de la dicha á la corte, recibí un telegrama de la madre de la niña rubia diciéndome que ésta se hallaba gravísima; á las pocas horas serepitó el parte, anunciando un peligro de muerte inminente. Me puse en camino enseguida; presa de indecible zozobra, espantado, llegué á Madrid, y... ¡qué cuadro tan terrible se me ofreció al entrar en la salita del cuarto de minovia!

En el centro de la habitación, entre cuatro amarillas velas, sobre una sencilla cama fúnebre descansaba con el sueño eterno la pobre niña de la cabecita rubia; pero sus ojos ya no tenían un dispendio de azul cielo, ni sus mejillas un derroche de rosa pálido, ni sus labios una exhuberancia de rojo encendido. Solo su rostro conservaba su lujo de blanco mate, más blanco y mate que nunca. Delirante me arrojé sobre aquel querido cadáver cubriéndole de besos. Las vidrieras del balcón se hallaban abiertas. Bellini y Meyerbeer, el canario y el mirlo, hallábanse silenciosos; las rosas y pensamientos estaban ajadas: faltábales el riego, el cuidado de su dueña, y en la barandilla de aquella monada de balcón, los gorriones, que venían en busca de su almuerzo, permanecían mudos, quietos, como atontados, sin acordarse de pitorrear pidiendo sus cañamones.

Sola, solita con su muerta querida, la pobre madre sollozaba en un rincón del cuarto. Más con los ojos que con los labios, la pregunté cómo ocurriera tal desgracia, y supe que aquella monada de la monada del balcón de los pájaros había volado al cielo el día anterior, llevándose una fiebre pernicioso.



Cuando concluyó de hablar, el que esto nos narraba á varios amigos parecía conmovido. Dominó su emoción y concluyó con estas palabras:

—¡Si aquella mujer no hubiera muerto habría sido mi esposa!... ¡Ilusiones que se desvanecieron! Muchas veces en nuestras horas de ventura, en las tardes de verano, pretendía-

mos ella y yo coger el polvo luminoso de un rayo de sol, que se colaba por las rendijas de las entornadas maderas del balcón de los pájaros; pero el polvo luminoso se deshacía entre nuestras manos al tocarlo. ¡He ahí lo que son las ilusiones!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

TEORIA Y PRACTICA

A MI DISTINGUIDO AMIGO ANTONIO TORNER

I.

—Indagar nunca debe la doncella del amor de la carne los misterios, ni cabida prestar en su alma virgen al volcánico influjo del deseo. Si un día—Dios no quiera—ante tu vista sin sombra apareciera ese secreto, de él aparta tu púdica mirada y al par que el alma salvarás el cuerpo.

Esto decía á la inocente Paula su severa mamá doña Remedios, todas las mañanitas, á la hora en que la niña abandonaba el lecho. Y á fuerza de escuchar tan á menudo la hermosa joven el moral consejo, ni á mirar á los hombres se atrevía, siendo así de inocencia fiel modelo.

II.

Cierta noche estival, Paula se hallaba á solas con sus flores y sus sueños, tendida sobre un banco de madera que había del jardín en un extremo.

¡Qué noche tan hermosa! Derramaba la luna sus fulgores macilentos; brillaban en el éter las estrellas cual perlas esparcidas sin concierto; remedando un suspiro enamorado soplaba apenas perezoso viento, que del ciprés á las unidas ramas arrancaba un extraño y triste rezo; las flores esparcían su perfume:

lanzaba el ruiseñor dulces gorjeos y las aguas tranquilas del estanque brillaban cuál grandioso y limpio espejo...
¡Qué bien se hallaba allí la pobre Paula!
¡Era tan grato aquel ambiente fresco, tan lánguida y cobarde aquella brisa y tan consolador aquel silencio!...

III.

De repente, en la gruta que á su espalda se levantaba, misterioso y quedo rumor se oyó de próximas pisadas: luego de una mujer el suave acento, interrumpido por la voz de un hombre y el estallido de un amante beso...

Paula se levantó; quiso alejarse; morir sintióse de inquietud y miedo... sonó otro beso en la callada gruta; la joven hizo un valeroso esfuerzo y dió un paso... Vibraron anhelantes, contundidos aquellos dos acentos y —¡al fin mujer! —lo que el temor no pudo sí la curiosidad; tarda en el tiento, Paula apartó con agitada mano gran número de ramas; miró adentro y vió... lo que no sé; mas sí algo grave, pues veloz, encendida y sin aliento, recordando tal vez la pobrecita el maternal y rígido consejo, cubrióse aprisa el rostro con la mano... ¡pero entreabriendo los rosados dedos!

V. SERRANO CLAVERO

HISTORIA SAGRADA

Lino era un chico formal, enemigo de un belén, que aspiraba á ingresar en la clase sacerdotal.

Desde niño fué un modelo de prudencia y de cordura, y el conseguir la tonsura formaba todo su anhelo.

No fué nunca camorrista, ni genial, ni arrebatado. Parecía designado para ser seminarista.

Con gozo, la inclinación los padres vieron, de Lino, y lo echaron al camino de la santa religión.

Lino, del estudio amante, vió su ideal realizado, y en breve fué reputado como el mejor estudiante.

En latin era un maestro; brilló en Historia sagrada, y en Lógica era un espada que confundía al más diestro.

Descansaba en vacaciones
de la estudiantil vigilia,
y explicaba á su familia
interesantes lecciones.

Su padre, un cristiano viejo,
sondeaba al colegial,
y le daba, de moral,
de vez en cuando un consejo.

Cierta noche, en la velada,
su padre, con intención,
llevó la conversación
hacia la Historia sagrada.

Hizo al do: cel relatar,
una porción de lecciones,
y llegó á los Faraones
y al general Putifar.

Contó el h cho sin zaherir
á la mujer at-evida
que, aunque á Putifar unida,
quiso á José seducir.

Y al ver el padre que el chico
no hablaba con mucha fé
de la virtud de José,
arrugó un poco el hocico.

Y con la vez destemplada,
dijo, cortando la Historia:
—¿No merece José gloria
por su resistencia honrada?

Al mirarse reprendido
el joven seminarista,
alzó á su padre la vista
y contestó decidido:

—¿Gloria? ¿Qué ha de merecer?
¡Si es cierto, prueba el relato
que ó José era muy pazguato
ó era horrible la mujer!

FLORENTINO LLORENTE

(*Florate.*)

El primer sueño de un niño

CUENTO

I.

Una gran movilidad en las cabezas de los muchachos; ciertos ademanes libres é irrespetuosos, y murmullos demasiado perceptibles en la clase, demostraban que la autoridad del maestro había sufrido algún eclipse, pero no total, porque las conversaciones se sostenían en voz baja, y los gestos y actitudes anti académicos no traspasaban ciertos límites. Era una insubordinación prudente, á que daba ocasión un hecho extraordinario.

En efecto, D. Hipólito Ablativo, maestro de primeras letras y director de la escuela, había inclinado la cabeza sobre el pupitre y se había quedado dormido explicando por centésima vez á sus discípulos aquella gran inundación bíblica que cubrió de agua toda la Tierra.

No era D. Hipólito un profesor vulgar: conocía los sistemas de enseñanza más modernos; pero su escasa dotación no le permitía instalar un jardín Froebel. Un amigo le había remitido en otro tiempo una de esas cajas enciclopédicas, que explican á los niños las evoluciones de las primeras materias, hasta su última transformación industrial; pero la mazorca de maíz, los granos de trigo y de arroz, en fin, los objetos más interesantes de la caja, habían sido devorados por los alumnos á quienes dejaba sin comer. El Sr. de Ablativo practicaba en lo posible el método de hacer agradable la enseñanza á los muchachos, y con este objeto había obtenido del Alcalde una autorización para restablecer en su escuela los azotes.

Las razones que expuso ante el Ayuntamiento para obtener aquel permiso eran poderosas.

«Los más ancianos de vosotros recordaréis los tiempos en que se azotaba y emplumaba, les había dicho el maestro. El día en que ejecutaban la sentencia era día de júbilo para los muchachos y aun para los mayores, y sólo era desagradable para el que sufría el castigo. No quiteis á mi escuela ese aliciente: la mayoría de los chicos irá con mayor gusto á la

clase, con la esperanza de ver un azotado.»

En efecto, aumentó la puntualidad en la asistencia, y casi todos llevaban aprendidas sus lecciones; pero de la aplicación general resultó la falta de castigos y una monotonía peligrosa: maestro y discípulos empezaban á aburrirse, lo cual era contrario al sistema de la enseñanza agradable, y hallábanse en esa crisis cuando el profesor quedó dormido explicando el Diluvio universal.

Ahora bien; ¿se había dormido el maestro de fastidio por no tener á quién azotar, ó había determinado echar un sueño para dar ese solaz á los muchachos? Al bondadoso Froebel no se le ocurrió aconsejar á los maestros que durmiesen una siesta, en medio de sus explicaciones, para alborozo de la clase. Había sido una inspiración de D. Hipólito.

Los minutos pasaban, y el profesor dormía dulcemente: á la inseguridad y prudencia de los chicos sucedió la confianza. Los murmullos aumentaron: se animaron los rostros; de las sonrisas pasaron á los gestos, y cundió la indisciplina, si bien con las precauciones consiguientes á la presencia del maestro, cuya respetable calva conservaba casi todo su prestigio.

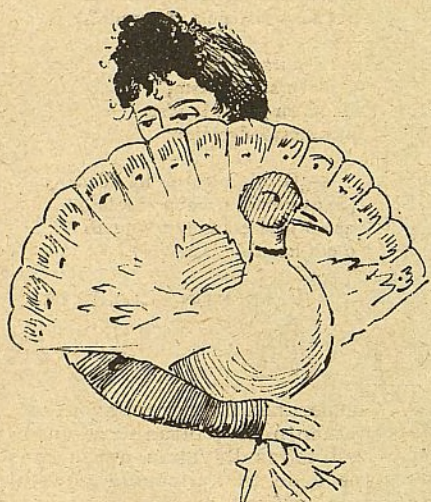
Como en las revoluciones formales suele salir un hombre que se impone por su audacia, de aquella agitación infantil salió un muchacho: Lésmes Travesado fué el atrevido: en un instante, doblando un pliego, improvisó un sombrero de tres picos, que colocó bizarramente en su cabeza: con dos tiras de papel adornó su carilla morena con bigotes y perilla: subióse en el banco, y tomando una actitud militar, hizo al dormido profesor una y varias morisquetas: una carcajada general le hizo bajar precipitadamente de su tribuna; pero afortunadamente las risas no despertaron al maestro.

El buen éxito aumentó su audacia, y saliendo al encerado, dibujó la caricatura de D. Hipólito: después firmó aquella obra de arte con el nombre de uno de sus condiscípulos, poniendo este nombre en letras grandes:

JUANITO LÓPEZ.

Aquel rasgo de valor y picardía produjo

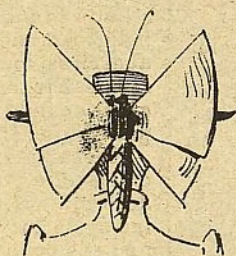
FIGURINES DE ÚLTIMA



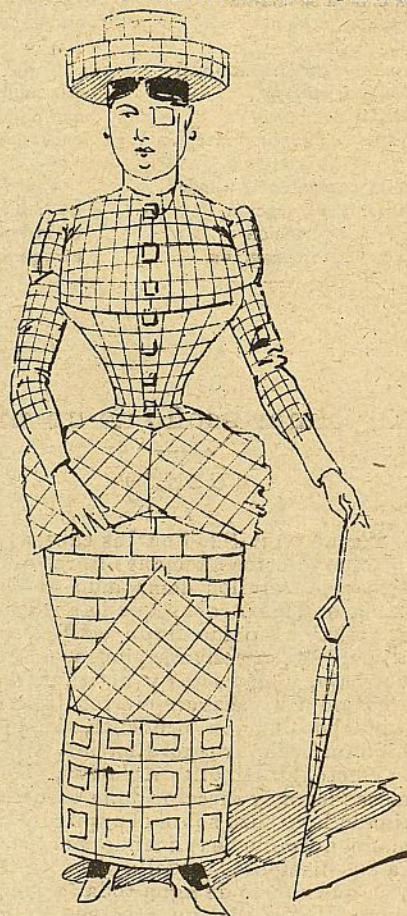
ABANICO NOVEDAD



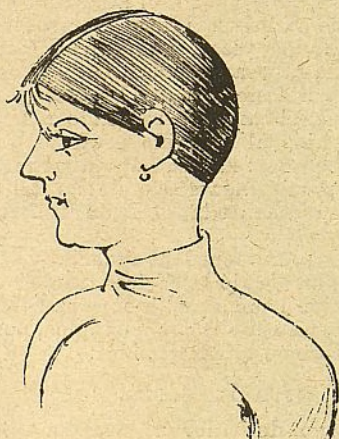
BARRO COCIDO



MOÑO ILUSIÓN



CUADRATURA DE CÍRCULOS

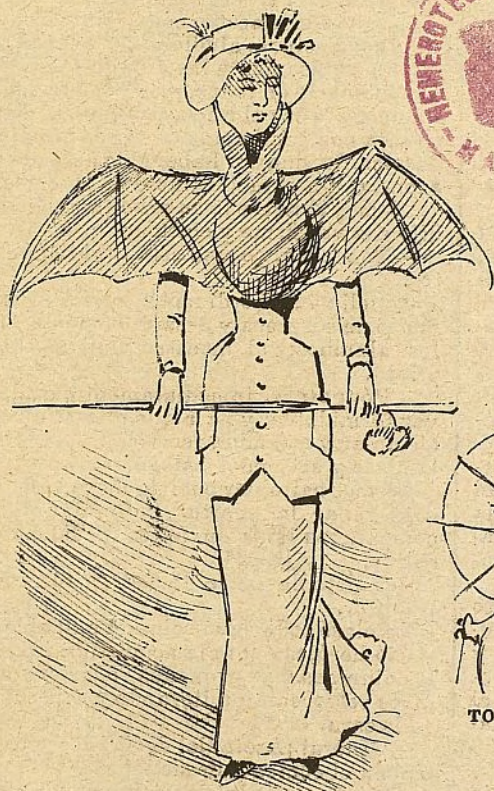


PEINADO «MODESTIA»

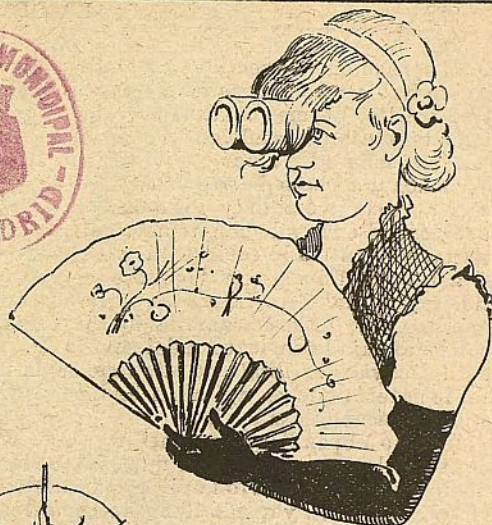


SOMBRERO DE PLUMAS

NOVEDAD, POR LAGO



ESCLAVINA «MURCIÉLAGO»



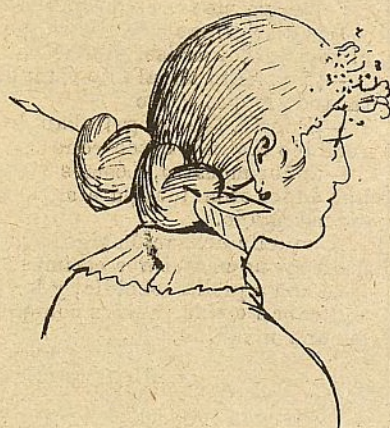
PEINADO PARA TEATRO



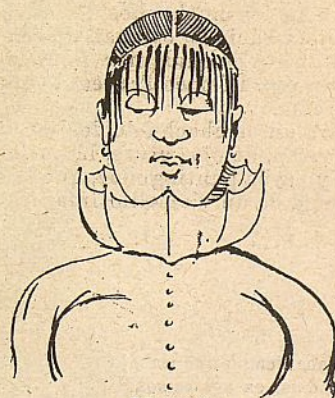
TOCADO «FEBO»



TRAJE BLINDADO



PEINADO «CUPIDO»



LLUVIA

gran sensación y regocijo entre los escolares, que le hubieran victoreado á estar muy lejos D. Hipólito. Lésmes ocultó enseguida el gorro y los bigotes, quedando en el asiento en actitud inofensiva. Un chico rubio, de carrillos encarnados y aspecto de angelito, dejó su sitio con ademán trémulo y los ojos llorosos, y acercóse al encerado con temor, mirando alternativamente á la caricatura y al maestro. Era Juanito López, que viéndose comprometido por el diabólico Lésmes, quería borrar su nombre, que le comprometía horriblemente, colocado bajo la caricatura del severo D. Hipólito, cuyas disciplinas, puestas sobre la mesa, le parecía que se agitaban indignadas de aquella escandalosa burla.

Juanito Lopez llegó de puntillas al encerado; tomó la esponja y borró una parte de su nombre: después volvió la vista con recelo hacia el profesor... y quedó lleno de espanto.

D. Hipólito Ablativo había alzado la cabeza, y completamente despierto, clavaba en el muchacho sus ojos penetrantes. La esponja cayó de las manos de Juanito, sus piernas flaquearon y permaneció en aquel lugar sin poder moverse y temblando.

Los muchachos de la clase, al ver despierto al profesor, se habían quedado en actitud humilde y completamente silenciosos: el terror y la curiosidad les hacía contener hasta el aliento: sin duda iba á suceder algo espantoso; el castigo debía ser tremendo, y el inocente Juanito, que no se atrevería á delatar al atrevido Lésmes Travesedo, iba á ser la víctima.

El domine se levantó de su sillón, condujo suavemente á Juanito hacia su asiento, borró el nombre que estaba debajo de la caricatura, y colocó en su lugar este otro nombre.

LÉSMES TRAVESEDO.

Después volvió gravemente hacia su sitio, mirando á la clase con sonrisa maliciosa. El sueño había sido fingido, y mientras los discípulos le creían durmiendo, todo lo había observado el ojo vigilante del maestro.

Este acarició las disciplinas, y dijo, mojándolas en un frasco de vinagre:

—¡Señor Travesedo, prepárese V. á recibir una azotaina!

Todos los muchachos de la clase volvieron la vista hacia su compañero con la curiosidad que excita en cualquier público la presencia de un reo. Lésmes Travesedo miró con descaro en rededor.

Era un muchachuelo de diez años, cenceño, nervioso, de ojos vivos, lábios delgados y nariz y barba puntiagudos, que le daban la apariencia de un viejecillo infantil.

—¡Monte V. en el compañero de su izquierda! repuso el maestro con acento irónico.

El condiscípulo aludido se levantó presentando pacíficamente las espaldas: era fornido, el más fuerte de todos, y su robustez le permitía desempeñar el importante oficio de cabalgadura con gran aplomo, según la opinión de Nicolasillo, que por haber sido azotado con frecuencia, era el mejor jinete de la clase.

Lésmes Travesedo se puso también de pié, y dijo con voz firme y chillona:

—No monto, porque está prohibido dar azotes.

Aquella insubordinación produjo un murmullo de sorpresa y desaprobación entre todos los alumnos: el maestro empuñó las disciplinas.

—Póngase V. inmediatamente, exclamó con voz formidable; y para que el castigo sea más ejemplar y solemne, recibirá V. seis azotes en la clase y seis en el balcón.

Lésmes saltó por encima de su banco y procuró ganar la puerta. Pero algunos de sus compañeros llegaron ántes y defendieron la salida.

—¡Sujetadle entre todos! gritó irritado el profesor.

La clase toda cayó sobre el culpable, que resistió heroicamente la acometida á puñetazos: los alumnos más pequeños rodaron por tierra: otros retrocedieron llorando y con las manos en la cara.

—¡Muera! ¡Azotadle! decían los que presenciaban el combate desde lejos.

¡Qué día para la clase! Nunca experimentaron los colegiales emociones como aquella. Lésmes fué al fin vencido y amarrado por sus mismos compañeros, que le condujeron ante D. Hipólito para que cumpliera cómodamente la justicia.

—¡Cobardes! gritaba á sus condiscípulos el rebelde, ya me las pagaréis todos uno á uno.

Las disciplinas cayeron ruidosamente sobre el reverso del indisciplinado estudiante.

—¡No siento nada! dijo éste: puede V. apretar todo lo que guste.

—¡Fuerte, fuerte! gritaban los que habían recibido algunos coscorrónes.

—Señor maestro, Lésmes tiene novia, dijo uno de los ofendidos para agravar la situación del castigado.

A aquella acusación siguieron otras; pero el profesor no necesitaba estímulos: estaba irritado con aquella rebeldía, y los azotes se multiplicaban con la rapidez con que pudiera darlos una máquina.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

(Se continuará.)

A MIS LECTORES

Hace tiempo que trabajo
para dejar en mis versos,
con palabras y expresiones

que duren más que el acero,
todo lo real de mi espíritu,
toda el alma de mi cuerpo,

los odios que me atormentan,
los amores que profeso,
lo que cayó en el olvido,

lo que vive en el recuerdo,
las ideas que se agitan
sin salir del pensamiento,
la duda que me consume,
la imagen de lo que creo,
las emociones que tienen
por blanda cuna mi pecho,
las extrañas vibraciones
con que se nutren los nervios.
Busco expresar con palabras
de caracteres eternos,
por qué gozo cuando gozo,
por qué tiemblo cuando tiemblo,
por qué gimo cuando gimo,
por qué muero cuando muero;

las causas que no se encuentran,
lo que busco en el misterio,
lo que sufro, á lo que aspiro,
lo que rio, lo que pienso,
los afanes, las angustias,
lo pasado, lo que espero,
la hiel de mis desengaños,
lo vano de mis ensueños....

Vosotros que, con sonrisa
maliciosa, vais atentos
señalando en mis renglones
uno á uno sus defectos,
para vosotros escribo,

por agradaros me enervo;
quisiera dar de una vez
todo lo que valgo y tengo...
desengaños... esperanzas...
y... ¡todos mis sentimientos!
Y aunque lucho por echarlos
á empujones de aquí dentro,
como lapas en las rocas,
se aprietan en mi cerebro....

Tienen razón; ¡soy ingrato!
¡me quieren más que los quiero!...
Si todos van á vosotros,
para mí... ¡que es lo que dejo!

EDUARDO VILLEGAS

CHIRIGOTAS



Como sabrán Vdes. el número de la semana que viene tendrá humos y pretensiones de extraordinario.

Que colaborarán en él muy buenos escritores y muy reputados dibujantes, ya lo saben Vdes., porque yo lo he dicho. Y creo que nadie mejor que yo puede estar en condiciones de saberlo. Y porque lo sé, lo aseguro.

Pero lo que no he dicho todavía es el por qué de la publicación de este extraordinario.

Recordarán Vdes. que en Enero, por causas que ya explicamos entonces, dejó de publicarse un número de LA SEMANA CÓMICA: el primero de la colección de este año.

Tenemos, desde entonces, una deuda con nuestros suscriptores, á quienes dejamos de servir un número que ellos tenían pagado por adelantado.

Y como toda nuestra suscripción de provincias y la mayor parte de la de Barcelona, es de semestre, nos creemos en la obligación, antes de que el semestre termine, de indemnizarles de la falta de aquel número. Por eso se publica el extraordinario.

Conste, pues, que á los suscriptores actuales se les servirá gratis. Y los señores que en Barcelona estuvieron suscriptos ¡(diablo! ¡suscriptos!) durante el primer trimestre del presente año, tienen derecho también á leerlo de momio, pidiéndolo en esta administración, donde les será entregado con muchísimo gusto.

Y... nada más.



Wanderer nos da cuenta, en *El Imparcial*, de la constitución de un Club alemán: el Club de la Antigüedad.

Y ¿saben Vdes. cuál es el nombre de ese Club? En alemán, por supuesto.

Pues... «*Strassburgermunsterturmplattformalletegci-nodermehrermaleersteigungsverein.*»

¿A que no lo pronuncian Vdes.?

Strassburgermunst.... ¡Quia! ¡imposible!

Muy rica será esa sociedad; no lo dudo,

Pero, por mucho que lo sea, ¡ya sé yo en lo que se habrá gastado un dineral!

Encontrar una placa y una puerta donde quepa el título del Club!

Strassburgermunsterturmplattform.

¡Vaya! ¡imposible repetir el nombre!

¡Porque no hay bastante letra en la imprenta para componerlo dos veces!

Ni bastantes lenguas en España para pronunciarlo una.



OBRAS RECIBIDAS.—Con el título de *Música celestial*, ha coleccionado Antonio Montalbán sus mejores poesías. Hay en ellas, como en todas las obras de este nuestro colaborador, un verdadero derroche de gracia y donosura. Como muestra, vean Vdes. la que reproducimos en este número... que no es la mejor. *Música celestial* cuesta una peseta.

Caretas y capuchones, zarzuela en un acto—de la que ya hemos hablado—letra de Sanchez Seña, música de Joaquín Valverde, (hijo). Precio: 1 peseta.

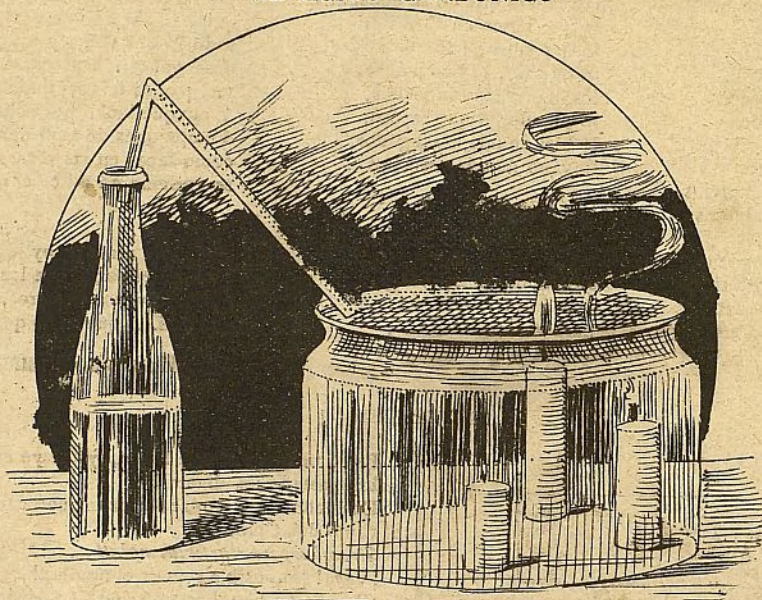
Cuadro de honor

CORRESPONSALES

que nos deben y no nos pagan

	Ptas.
D. Ignacio Guerola, de Valencia	261
» P. García de Valladolid, de	
» Murcia.	152'68
» Severino Valdés, de Gijón	105'50
» Pedro Arnaez, de Avila	106'88
» Ramón Perez, de Alcoy	50'30
» E. Araujo Bodero, de Lugo	64'50
» J. Julián, de Almería	30
» Juan J. del Aguila, de Vigo	46
» Manuel Garrigós, de Murcia	65'40
» Constantino Vilasau, de Palafrugell.	
» Miguel Escobedo, de Novelda	19,62
» Santiago Perez, de Cáceres	18
TOTAL. . . Pesetas	919'88

Imp. de Calzada, Arco del Teatro, 9, pasaje.

FÍSICA RECREATIVA
EL ÁCIDO CARBÓNICO

El ácido carbónico es, como Vdes. sabrán, un gas más pesado que el aire, que tiene la propiedad de apagar ó impedir la combustión de los cuerpos.

Para demostrarlo de un modo curioso y sencillo, no tienen Vdes. más que construir, sea con papel, sea con cartulina un sifón, como el indicado en el dibujo, uno de cuyos lados es, como Vdes. ven, tres veces más largo que el otro.

Llenen Vdes. luego una botella de agua avinagrada, con una parte de vinagre fuerte por dos de agua, y echen en ella pedazos de cristal de sosa. Pronto verán Vdes. producirse unas burbujas que van del fondo á la superficie: son burbujas de ácido carbónico.

Pongan Vdes. en la boca de la botella la extremidad del lado más pequeño del sifón é introduzcan el extremo del otro lado en un pote de confituras, por ejemplo, donde ardan tres bujías de alturas diferentes.

El ácido carbónico penetra por el lado pequeño del sifón y desciende por el mayor hasta el pote; su densidad le hace caer enseguida al fondo del recipiente: luego va subiendo poco á poco en capas sucesivas conforme llega de la botella al pote.

Cuando el ácido carbónico alcanza la altura de la bujía más pequeña, verán Vdes. la llama de esta palidecer primero y extinguirse después, sin que la luz de las otras dos bujías experimente ni la más pequeña oscilación. Al cabo de un momento se apagará la bujía de tamaño mediano. Y por último, si la bujía mayor es menos alta que el borde del vaso, acaba por apagarse á su vez.

Si en este momento, alejando la botella y el sifón, prueban Vdes. á encender las bujías, no podrán conseguirlo. Es que el ácido carbónico llena el vaso como lo haría un líquido cualquiera: Y para poder alumbrarlas sería preciso volver el vaso de arriba á abajo de cuyo modo el ácido carbónico es reemplazado por aire puro, que permite arder á las bujías.

(De *L' Illustration*)

LA SEMANA QUE VIENE

número extraordinario de LA SEMANA CÓNICA

*
TEXTOS DE

Almodobar, Ansorena, Bustillo, Campoamor, Catarineu, Codolosa, Delgado, Ducazcal, Estremera, Feliu y Codina, Fernandez Shaw, Guimerá, Ixart, Jackson Veyan, Llanas, Lopez Silva, Matoses, Motta, Oller, Manuel del Palacio, Perez Zúñiga, Picón, *Pitarra*, Sanchez Perez, Ríos, Segura, Sierra, Taboada, Urrecha, Zahonero y otros.

DIBUJOS DE

Cilla, Cuchy, Lago, Luque, *Mecachis*, Melitón Gonzalez, Pahissa, Pons, Renau, Ross, Urrutia y otros.

PRECIO: 35 CÉNTIMOS